



EL PALACIO DE BORBON.

El palacio de Borbon, que es hoy dia el edificio destinado á la representacion nacional, está situado en la orilla izquierda del Sena, frente al puente de la Concordia. Fué erigido en 1723 por la duquesa viuda de Borbon, segun los diseños de Girardini, y después del célebre Mansard. El príncipe de Condé, en quien vino á recaer, le engrandeció bastante; pero no llegó á concluirse hasta 1789. La revolucion le dejó desocupado hasta 1795 en que se fijó allí el Consejo de los Quinientos. En el imperio sirvió como ahora para el cuerpo legislativo, y desde 1814 le ocuparon los diputados. La entrada principal está en la calle de la Universidad, y al frente tiene una hermosa plaza. El patio de entrada es ancho y grandioso, y en las dos alas se encuentran los despachos de las secciones y las habitaciones de los dependientes. El peristilo está adornado con cuatro columnas corintias, y en el salon de descanso se ven cuatro estatuas de Mirabeau, Casimiro Perrier, Bailly y el general Foy. Tambien hay bajos relieves de Triquesti; á la derecha del salon de descanso está la sala de distribucion de impresos, y á la izquierda el salon del rey adornado con frescos que representan las divinidades fluviales ó de los rios.

La sala de sesiones es semicircular, adornada con 24 columnas jónicas de mármol blanco. La silla de la presidencia y la tribuna forman el centro del eje del semicírculo, desde donde se elevan en gradas

los bancos de los diputados. Entre las columnas se ven las estatuas del orden público, la Fuerza, la Justicia, la Verdad, la Elocuencia y otras alegóricas. Una doble y espaciosa galería se desenvuelve alrededor del semicírculo, habiendo además tribunas reservadas.

El salon de conferencias tiene una hermosa estatua de Enrique IV, muchas banderas cojidas á los austriacos en las guerras del imperio, y dos grandes cuadros que representan, uno el sitio de Calais y otro la resistencia del presidente Malé á los ligueses. Al lado está la biblioteca, que tiene unos 50,000 volúmenes, la mayor parte de historia, legislación y literatura, y muchos manuscritos raros.

La fachada que hace frente al puente de la Concordia, tiene unos 54 metros de anchura, y se compone de doce columnas corintias de una altura de 10 metros, sobre las que descansan el bajo relieve alegórico, esculpido por Cortot. El fronton entero tiene 25 metros de largo y cinco y medio de altura. En medio está la figura de la Francia, descansando sobre un pedestal; á los lados se hallan la Fuerza y la Justicia; á la izquierda hay un grupo de figuras personificando la Navegacion, la Marina, el Ejército, la Industria y la Paz; á la derecha están el Comercio, la Agricultura, la Elocuencia, las Artes, los Rios, personificados por el Sena y el Marne. Bajo los escalones de la fachada están las estatuas colosales de la Justicia y la Prudencia, y las de Sully, Colbert, l'Hopital y d'Aguesseau.

El palacio del presidente está contiguo al de la representacion nacional, y aunque sus salones son grandiosos y bien adornados, no ofrecen cosa particular.

UNA MUDANZA.

CAPÍTULO PRIMERO.

PRELIMINARES.

—No hay que darle vueltas, Homobono, es preciso que antes de cinco días salgamos de esta casa; la pared de la cocina al menor soplo se viene á tierra, las góleras, gracias á tan continuados aguaceros, se van multiplicando prodigiosamente (cosa que á ti que no dejas de tener algunas, efecto de la edad y del trabajo, no puede hacerte pizca de provecho); Olimpia se queja de que su tocador es muy oscuro, y los dos chiquitines no tienen una pieza á propósito donde poder correr y alborotar á su sabor cuando vuelven de la escuela.

—Pero, Coleta de mi alma, ¿ta has propuesto que hagamos la vida del Judío Errante, siempre con los brazos al hombro y sin llegar á establecernos definitivamente en ninguna parte? Dos veces hemos mudado de habitación en lo que va de año, y no me encuentro francamente dispuesto á repetir por tercera vez función tan poco divertible. Si seguimos animados de este espíritu cosmopolita, será fácil que pronto resolvámos el problema del movimiento continuo, y mas fácil aun que mi pobre bolsillo, que con los dos últimos pelizcos que he llevado está que da lástima el verlo, se quede al cuarto mas chupado que moñetes de cosante.

—¿Y tengo yo la culpa de que la casa se nos venga á cuestras? ¿No sería V., D. Homobono, no da un asesinato premeditado si por su ineficaz avaricia fuera causa de que su mujer y sus hijos perecieran bajo los escorbidos de esta casa?

—Mañana mismo vendrá á reconocera un arquitecto íntimo amigo mío, y ya verás cómo el peligro no es tan grande, á Dios gracias, como las llegado á figurártelo.

—Yo no necesito arquitectos ni entremetidos para saber que desde hace ocho días estoy con el eredo en la boca temiendo que de un momento á otro suceda una catástrofe.

—Mira, Coleta, si encuentras medio de hacer la mudanza gratis, ahora mismo me lanzo á la calle en busca de casa.

—Nada, nada, supuesto que tanto apego has tomado á este *sanctus palacio*, puedes tú solito permanecer en él todo el tiempo que te plazca, con la condición de que no has de quejarte si á consecuencia de algun hundimiento te rompes el mejor día la cabeza, y me echo á buscar entonces quien te cure ó te entierre gratis.

Huñida siguió, según cuenta la crónica, la confidencia entre Doña Coleta y D. Homobono, ella considerando la cuestión bajo un punto de vista vital, y él bajo el aspecto financiero (ventístico que dirían nuestros abuelos). Al fin, por aquello de que la cosa siempre se quiebra por lo mas delgado, y atendido á que D. Homobono justificaba plenamente el bondadoso nombre que llevaba, Doña Coleta logró, merced á la poderosa ayuda de las galetas *Me he empeñado, Yo aquí mando y no hay escape*, entrar al abortijo en la *halanda Morido*, que mal defendida por el quichemaría ¡*Qué cordero!*!, cayó en poder de tan formidables enemigos.

Resuelta que fué la cuestión en el sentido mas *apanzado* posible con tanto gozo de Olimpia, que se encontraba en el último grado de desesperación, porque, efecto de la oscuridad de su tocador, nunca la salían bien las cosas, y que á tal nueva empezó á abrigar esperanzas de tener otra vez claro, y con no menor alborozo de Arturo y Ernesto (los dos pimpollos de la casa), que aguardaban durante el borrascoso período de la mudanza una nueva era de *novillos* y *asonadas*, comenzaron los preliminares de la mudanza, como si dijéramos el prólogo de un drama de brocha gorda.

Desde el aguador hasta el mas encopetado amigo de la familia, todos sin distinción de edades ni condiciones, quedaron encargados de buscar una casa grande en sitio céntrico, de buena vecindad, con patio para tender la ropa, sin mucha escalera, con portero, con sol de mediodía, y además de otras mil zarandajas, que no escolose de la cantidad de 12 rs. vn.

Era de ver la solicitud con que los amigos de trato mas cotidiano, después de haber hecho los papanatas en grande y pasado revista, no sin peligro de un *toriccoli*, á todos los balcones de esta heroica villa en busca del consabido papeito, acordian en tropel á noticiar á los dos cónyuges el resultado de sus investigaciones, y no ménos de admirar era la presteza con que los dos protagonistas volaban á los puntos donde segun los exploradores habia cuartos desahuyados, desempedrando calles, logrando subir al cabo del día algunos centenares de escaleras, y trazar desde las ocho de la mañana de Oriente á Occidente y de Norte á Mediodía.

¡Feltres voceros, perlas, rómanos y demás venturosos mortales que nunca os mudáis, y que dueños é inquilinos á un tiempo de vuestras magníficas palacios, permaneciais estacionarios toda la vida sin tener que haberoslas con caseros, carreleros, ni donosarrazas desca-

dientes sin duda alguna de Atlante, el que sostenia el cielo con los hombros, á cuyos individuos apelldamos mozas de cordel, y que desempeñan en el drama de la mudanza, cuando no el de sicarios, uno de los papeles de mas fuerza y de mayor interés.

Excusado es decir que con tales andanzas, la gente de la cámara amarga de la familia, ó sean nuestros dos chiquitines, se hallaban en sus glorias anticipándose las vacaciones, haciendo mil estropeicos, sin duda con la errónica idea de que así habiera ménos brazos que mandar, y jugando al tano en la sala interior su hermanita Olimpia jugaba á *paves* ó *aves* por el ventanillo de la puerta con cierto albararado mantito, que enemigo por fuerza de los paves, siempre decia *noes* á las matrimoniales indirectas de su amada.

Lo peor del caso era que como muy oportunamente decía D. Homobono, pedir que su mujer no encontrase *peras* en cuantas casas veía, era lo mismo que pedir peras al olmo; por cuya razon pasaban días y mas días, y nuestros dos esposos segun haciendo una vida de calaveras sin lograr el objeto de sus ansias. Donde habia portero, faltaba sol; donde las pesaleras eran pocas, el alquiler era mucho; y donde el barrio era bueno, la vecindad era mala. Por fin, al cabo de un mes próximamente, y hecha abstracción de algunos peros de menor cuantía, resolvíórase á trasladar sus peras á un cuarto segundo con honores de *tercerero* situado en una de las calles que desembocan en la Plaza del Progreso y que se llama la calle de la Espada.

D. Homobono logró (que no fué poco lograr) avistarse después de algunas idas y venidas con el dueño ó administrador de la casa, á cerrar trato con él después de las fianzas y pago adelantado de costumbre, y decidirle á que tuviera la bondad de hacer algunos blanqueos y reparos en la finca desahuyada.

La mudanza llegó á hacerse la cuestión *pulsante*, el objeto de las habillitas y de los comentarios de todos en la mesa, en paseo y en la calle; y hasta para que se vea lo que son las cosas, se convirtió para D. Homobono en asunto de especulación.

—Necesito una rapota, decía Olimpia.

—Cuando estemos en la otra casa te la compraré, contestaba Homobono.

—Me hace falta un *lavabo*, decía Doña Coleta.

—En la otra casa hablaremos, le contestaba su caro esposo.

Por supuesto que en este terreno *la otra casa* y un *no* redondo eran para el buen padre de familias cosas enteramente sinónimas.

Ya los albañiles han concluido su tarea; ya Doña Coleta empieza á revolver armarios, y á mandar que se bajen baules de las bohardillas para empaquetar la ropa; ya Olimpia ha monopolizado dos ó tres cuartos para colocar holgadamente sus trapitos de cristianar, y ya por fin el director de todo aquel tinglado ha dado las órdenes convenientes para que en el improrrogable término de tres días quede todo instalado en la nueva morada.

¡Cuántas cosas que ya se creían perdidas vieron la luz pública en aquellos días de espurgo y de trastorno general! ¡Cuántas prendas relegadas al oscuro rincón de algun armario, víctimas de las injurias del tiempo ó del capricho de la moda, salieron á recordar á sus dueños épocas de placer y devaneos para solas de la genticilla moderna que se destruyéba de risa al contemplar el *govo-paraguas* que estrenó su mamá para ir al Prado el día de su boda, ó el *trac-piston* que lució su papá en la noche de día tan señalado, bailando *el britano* ó el majestoso *minué*.

A las cinco todos en pié! exclamó Homobono; buenas noches, y hasta mañana si Dios quiere.

CAPÍTULO II.

HORRORES.

A la hora marcada todos los miembros de la familia acudieron las peregrinas plumas del lecho, y presentes ya los mozos de mas influencia, pues no faltaron sus correspondientes recomendaciones, dióse principio á los horrores de la mudanza.

Doña Coleta y Olimpia vestían de trapillo, pañuelo de seda á la cabeza y háta de percal de á treinta cuartos la vara, sin olvidar los guantes de color indefinido para preservar las manos del polvo, del aire y demás gente enemiga. D. Homobono vestía de gabán, gualdas á su cara mitad que ya le habia empaquetado el traje de casa, y un casaca de arengar á los mozas de cordel recomendándoles templanza y moderación.

Arturo y Ernesto, que para colmo de desgracias no tenían escuela por ser los días del maestro, se entretenían en formar barricadas con los muebles dispersos y en aumentar el desorden y la confusión.

Doña Coleta, colocada en el balcón á manera de reina de tornó, presenciaba el aglomeramiento de sillas, tabladós y armarios en el carro que destinado al efecto se hallaba colocada en la calle frente de la puerta.

—En, carretero! no dé V. esos traspasos á los muebles ni tiempo de colocarlos, que me los va V. á hacer añicos!—Qué mudas tan flojas

ha traído V. I. se van á quedar á la mitad del camino!—No me vaya V. por callejones ni calles estrechas; nada, nada; por lo mas ancho, aunque haya que dar algun rodeo.

El carretero hacia oídos de mercader á todas estas advertencias, y seguía amontonando sin piedad muebles sobre muebles.

Olimpia entre tanto habia logrado categorizar á uno de los mozos para que llevara una aqueñita á casa de su novio, dos puertas mas abajo, sin calcular que á la otra puerta estaba la taberna, y que como efectivamente sucedió, entraria á dar los buenos dias al tabernero.

Los demás compañeros, ajustados como él á jornal, resueltos á trabajar lo menos posible, habian con la mayor eschaza del mundo los trastos que habian de cargar sobre sus hombros. Dirigióse al fin hacia la escalera la cuadrilla, llevando á lomo, quien algun sofá de la sala, quien el retrato de D. Homobono, de miliciano nacional, y quien una luna de Venecia, que gracias á las moscas y á ciertas rajaduras que de arriba abajo la surcaban, era una luna próxima á un eclipse total.

Los vecinos, y sobre todo la gente de escoba y estropajo, murmuró de lo lindo de la poca pulcritud y de lo averiado de los trastos que en el carro yacian, escandalizándose, por-aquello de que nadie ve sujercha, del desaso de sus compañeras de oficio, y calificando de muy apretado á D. Homobono, que no se habia atrevido á comprar otra mesa de cocina mas presentable, ó á mandar relocar los tabladros de las camas.

Precedido del peloton de mozos, á las voces de «cuidado con mi retrato, que no se rompa la luna, que vuelvan Vds. pronto,» púsose en marcha el carro hacia la nueva morada.

¡Qué rechinar, cielo santo! ¡Qué ruidos tan estraños y tan poco gratos producian los muebles al chocar unos con otros! ¡Cuánto hubiera dado Doña Coleta por haber tenido á mano en aquella ocasion algun microscopio ó antejo de larga vista para poder de este modo seguir con los ojos desde el balcon y lo mas lejos posible á aquella turba despreocupada que creia que las cómodas y las mesas eran de una materia tan dura como la suya!

Se me habia olvidado decir que dos de los ganapanes iban sumamente ocupados, llevando el uno con entrambas manos un ramilletito de flores de cera, propiedad de la señorita Olimpia, y el otro un brioso corcel de cartón que Arturo y Ernesto le entregaron para que se fuera acostumbrando, segun decian, á los aires de la nueva casa.

—Coleta, Coleta, mis botas! gritaba D. Homobono.
—Búscalas bien; por ahí deben estar, contestaba la interpelada.
—Ya encontré una; ¿y la otra?
—¡Ah! ahora recuerdo, va en el carro con otras baratijas.

—Bien hecho; y á mi chuteco le habrá sucedido tres cuartos de lo mismo. ¡Qué gloria de mudanza! Regocijate, Coletita mía; es una delicia el tenerlo todo patas arriba y que la casa esté convertida en un puerto de arebata capos. Supongo que ya estarás pensando en buscar otra casa para que la semana que viene repitamos la misma funcion.

Razon tiene D. Homobono para perder los estribos al contemplar aquel campo de batalla sembrado de muebles, vestidos y utensilios de cocina, al respirar en vez de aire espesas nubes de polvo, y al verse obligado á hacer volatines saltando por encima de tantos obstáculos como obstruian el paso.

Repetióse varias veces la escena del carro y de los mozos. Doña Coleta y Olimpia, seca la garganta y empolvada la cara, se iban ya quedando del dolor de riñones; los dos cliquitines lloraban á grita pelado porque querian ir con su papá á la nueva casa, y D. Homobono seguía desesperado gritando: «como no me mude al cementerio, juro no volver á mudarme en toda la vida.»

En los tres dias que duró la mudanza se vivió, se comió y se durmió á medias, ó lo que es lo mismo, ni se vivió, ni se comió, ni se durmió de ninguna manera. No me siento con fuerzas para seguir pintando la desolacion, el trastorno y el alboroto en que vivieron en aquellos tres dias, tres siglos para D. Homobono; por lo cual bueno será que pasemos al siguiente capitulo, después de dejar acostada en la nueva mansion á la asendereada familia, de cuyos miembros nó habia uno solo que no se quejara de dolor de huesos, de calambres ó de cosa parecida.

CAPÍTULO III.

CONSECUENCIAS.

GASTOS.

	Reales.
Mozos y carro.	600
Al mozo que barrió la casa.	42
Al que limpió los cristales.	10
Al que puso los clavos.	8
Al que tregó los vidrios.	6
Carpiñero, cerrajero, esteroero y vidriero.	800
Desperfectos de la casa antigua.	20
Propinas y otros gastos menudos.	40
Total.	1486

ROTURAS Y AVERIAS.

La cama de matrimonio, de caoba (entiéndase que la cama es la de caoba), perdió tres pies, el sofá los cuatro, el espejo de tocador de Olimpia se hizo añicos, el retrato de D. Homobono adquirió tres agujeros, uno de ellos precisamente en medio de la cara, la laca sufrió una baja espantosa, el Cupido de yeso de la sala dejó de ser Cupido, la araña, alhaja inmemorial en la familia, pereció en medio del arroyo, víctima del destituido de sus portadores, que dejaron escuir de sus hombros el palo en que iba suspendida; variga cosas de valor se evaporaron ó al menos no volvíó ya á saberse de su paradero, y Arturo y Ernesto lloraron la pérdida de un magnifico tambor, delicias de la velocidad, y de varios pertrechos militares.

Segun Doña Coleta hacen falta:

Unas colgaduras nuevas, un farol para la antecala, mas sillas, una lámpara solar, un locadorcito de moda para su cuarto, dos stores (transparentes), dos portières y otra porcion de cosas con nombres franceses, que en esto consista todo su mérito y su gracia.

D. Homobono pasa todo el dia leyendo á Fray Luis de Granada en la parte que trata del suicidio, para librarse de las malas tentaciones.

ULTIMAS NOTICIAS.

Sabemos que á consecuencia de habérsela venido á las mientes al casero ir á habitar el cuarto segundo de la calle de la Espada, se ha intimado á sus actuales inquilinos la orden de desocuparlo en el improrrogable término de cuarenta dias. Nuestro buen padre de familia, que ha hecho en dos meses y medio un sin fin de mejoras y gastos en la casa, se halla atribuladísimo, y está segun noticias decidido á volver á los tiempos patriarcales de Jacob y Josef, levantando una tienda de campaña en el Campo de Guardias, adonde piensa llevar *celis nolis* á toda su familia.

RAFAEL GARCIA Y SANTISTEBAN.

POESIAS INÉDITAS DE LUIS HURTADO.

El Hospital de necios.

HECHÓ POR UNO DELLOS QUE SANÓ POR MILAGRO.

(Continuacion.)

En la descripción picante y epigramática de los estados sociales, se encuentran detalles presentados con ingeniosa travesura. Veamos las semblanzas que Luis Hurtado escribe como observador malicioso. No perdamos de vista, al llegar á la sala de mujeres, que es un escritor respetable, un sacerdote de Toledo, el que combate la hipocresia en las monjas y badas.

SALA DE VARONES.

Doze esté mozo culpado
—os pido, señor, perdon
de tener afectacion
por parecer avisado
siendo necio de nacion;
en malicias es agudo
y en las bondades muy tundo
bestial, soberbio, profano
sino vergüenza, en todo vano
presumiendo de sesudo.

A este le da dolor
verse en humilde pobreza
y que otro tenga alicia
y llamarse vencedor
del que calla á su simpleza,
lo ase con osadia
y correce cada dia
porque hurta no constante,
disfama y condena ausente
al amigo que tenia.

Este con ojos y boca
remeda al que está mirando
de sus faltas se alabando
y con hacienda muy poca
pródigoamente gastando;
vístese mas que su estado

con mozo y mula alquilado,
pasea mill pecadoras
y alábalas por señoras
siendo mozas del mercado.

Aqueste su compañero
dize coplas y primores
á quien vende sus amores
solamente por dinero
y aun le faltan compradores:
de nuevo traje inventor
tiñendo de otra color
ropa vieja conocida
por cifra ó vanda teñida,
va declarando su amor.

Este blasona el arnés
siendo el molde acebronado,
con amenaza es vengado
de fortuna y su revés,
y de aquel que le ha injuriado
sin armas á departir
entra, y cuando ve reñir
abrázase con su amigo,
y por nunca ser testigo
se hizo diestro en huir.

Aquesle quiere ganar
gran crédito de amador,
y en los templos sin temor
se procura pasear
ante la dama mejor,
siendo pobre y con dolores
procura tratar amores,
muestra cartas y aun fingidas
de damas no conocidas
encareciendo favores.

Este juega sin saber
y da arras á cualquiera,
y si le dejan de fuera
da su dinero á perder
al fullero que lo quiera;
es contino acompañado
con algun ruin ó culpado,
y cuando juega á la bola
tuerce el cuello cuerpo y cola
donde el tiro va guiado.

Este triste se confia
de sus fuerzas y destreza
y pone su fortaleza
á peligro con porfia
nacida de su simpleza;
y por pequeña ocasion
echa mano al navajon
dentro de Zocodóver
y con habla de muger
se sale de la quistion.

CASADAS.

Vi casadas que contaban
consejas á sus maridos
estragando los sentidos:
si niñerías pasaban
todas dan en sus oídos;
muchas madres negligentes,
confiadas de parientes,
andaderas piadosas,
en mal ejemplo viciosas
viendo los daños presentes.

Otra vi necia y culpada,
dama sin algun primor,
que está haciendo labor
al tiempo que es visitada
y no responde á sabor;
si habláis, nunca está atenta,

antes os hecha en afrenta,
como enferma se entenece
y en la habla lo parece
que necedad la sustenta.

VIUDAS.

Vi viudas en romería
que daban en sospirar
y contino demostrar
donde mayor gente había...
y no se quieren casar.

BEATAS.

Mil beatas rezaderas
á sermones trotaderas,
dellos contando donayres,
y van salpicando frailes
hasta necias las postreras.

De beatas y doncellas
vi poner mucho primor
en hacer al confesor
conservas, y en todas ellas
hechaban muy fino olor:
que copetes y tocados
deben de ser sobornados,
y piden en libertad
dexe su paternidad
esterillas, verdugados.

MONJAS.

De monjas gran compañía
vi retóricas fundadas
en cartas muy avisadas,
porque cada cual tenia
sus cinquenta preparadas,
y eran de tal manera
que veían á cualquiera
como calças de gamuza,
y dábales caperuza
con ellas el andadera.

Tantos devotos tenían
en su facultad agudas,
q' aun en el banco de Judas
ningunos vi que cabian:
con sus ignorancias rudas
á unos vi q' les daban
lo q' á los otros tomaban;
y yo por necias las cuento,
pues perdian su talento
y la gloria q' esperaban.

Que ningun necio á mi ver
en el cielo no ha de entrar
ni necios se han de salvar,
antes necios han de ser
los que se han de condenar,
y Cristo nuestro pastor
no ha cojido en su labor
los agudos sin primores
sino simples pescadores
y de aquestos fué doctor.

(Concluirá.)

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

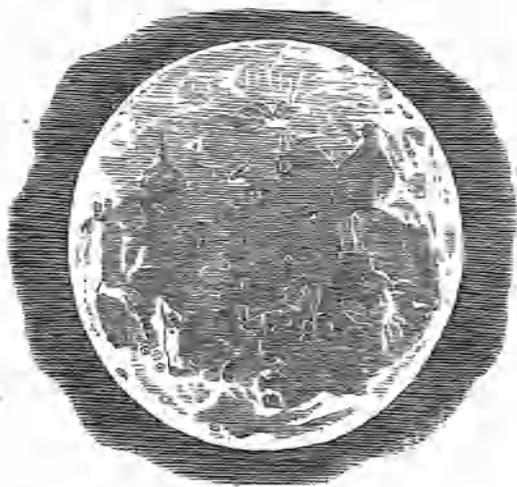
GEOGRAFIA UNIVERSAL.

(Continuación.)

Después del sol, la luna es de todos los cuerpos celestes el que mas nos interesa conocer. La luna es un globo como la tierra, aunque nos parece plana. La luz que nos envia la recibe del sol. Ella es muy pequeña, distando de la tierra, por término medio, 87,000 leguas, pues

unos veces está mas distante y otras mas cerca. El diámetro de la luna es de 788 leguas.

La luna acompaña á la tierra en su revolucion anual alrededor del sol, y durante este período da nueve vueltas alrededor de la tierra, en su órbita, en el término de 27 dias y 8 horas. Pero como la tierra marcha durante este mismo tiempo, la luna necesita 29 dias y 15 horas para volver á encontrarse en el mismo punto de correspondencia al sol. La primera evolucion llámase *mes periódico de la luna*; y la segunda *mes sinódico de la misma*.



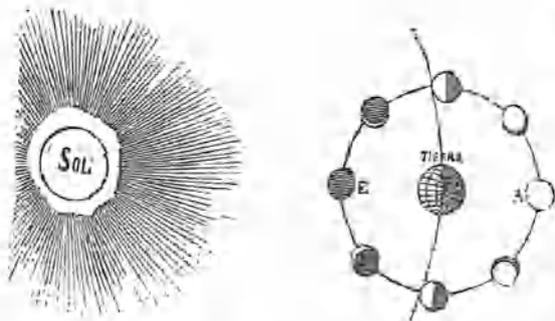
La Luna.

La luna tiene movimiento de rotacion como los demás planetas; pero como siempre nos muestra la misma faz, resulta que necesita dar una vuelta sobre si misma en el mismo tiempo de dar vuelta á la tierra: por consecuencia, la estension de sus dias y de sus noches debe ser igual al tiempo en que se esconde desde luna nueva á luna llena; es decir, de 14 á 15 de nuestros dias.

La tierra envia tambien á la luna el reflejo del sol; de modo que cuando la luna es para la tierra *luna nueva*, la tierra es para la luna *tierra llena*; con la diferencia de que nuestro globo envia á su satélite una luz mucho mas considerable, pues es 49 veces mayor.

Lo que se llama *fases de la luna*, ó sean los diversos aspectos con que se nos aparece, provienen de las diferentes posiciones en que se encuentra respecto á nosotros: así, cuando se halla entre el sol y la tierra, no es visible, porque su parte de sombra está vuelta enteramente hácia nosotros: entonces es *luna nueva*. A medida que se aleja del sol, empezamos á percibir su parte iluminada; entonces la luna es *creciente* ó primer cuarto: de dia en dia va aumentándose su claridad, hasta que hallándose la tierra precisamente entre el sol y la luna, se percibe enteramente iluminado el lado de esta última, que tiene su referencia á nosotros; en cuyo caso es *luna llena*. Empieza desde allí un nuevo curso, aproximándose al sol, pasando á *cuarto menguante*, y despareciendo en fin para volver á ser *luna nueva*.

El siguiente grabado os dará una idea más completa de la anterior descripción.

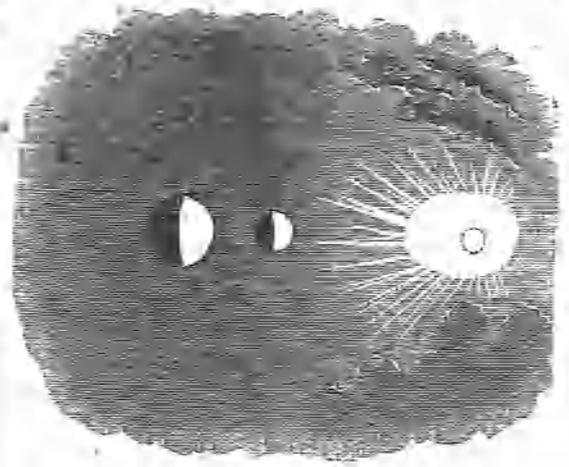


Fases de la Luna.

Hé aquí el sol, y enfrente la tierra: el círculo que rodea á esta señala de qué modo la luna recibe en su órbita la luz del sol, y de qué modo es vista la tierra en los diversos puntos de su órbita. De esta suerte en A la luna es *llena*; es decir, que brilla enteramente hácia

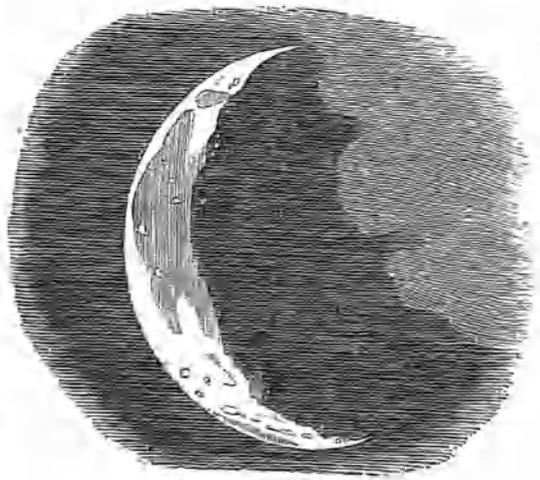
la tierra. En E es *nueva*, ó toda oscura hácia la tierra, y sucesivamente clara ó oscura en las fases restantes.

Cada vez que la luna vuelve al punto E, debe producir un eclipse del sol; es decir, enviar su sombra á la tierra: cada vez que vuelve al punto A, debe estar ella misma eclipsada por la tierra, que la pri-



Eclipse.

vará de la luz del sol. Esto es lo que sucedría en efecto, si cada vuelta de la luna fuera llevada á cabo por la misma línea de referencia del sol y la tierra; pero á causa de la inclinacion de su órbita, pasa mas acá ó mas allá de la misma línea. Cuando sucede que la luna nueva ó la luna llena pasa exactamente por la línea de referencia en aquel punto, el eclipse es una consecuencia precisa.



Cuarto creciente.

Debe escogerse, para observar la luna, el momento en que se presenta bajo la forma de un creciente, á fin de ver mejor sus desigualdades, que entonces hace la sombra perfectamente visibles. En el anterior diseño vereis la figura que la luna presenta en aquel caso al observador.

(Continuará.)

YO, ELLA, NOSOTROS.

HISTORIA DE UNOS AMORES.

YO.

(Continuando.)

Salió, y yo detrás de ella; llegó á su casa, se metió en el portal, volvió la cabeza, me miró, me adelanté, y al ir ella á subir la escalera la dije en voz alta: *Elena, os amo*. Nunca Irse alguna hizo mas efecto: se me figuró que habia tropezado, que habia dado un suspiro, efec-

tu sin duda de mi declaración ex-abrupto como el exordio de Cicerón contra Catilina; el ruido de su bota al tropezar se ha quedado grabado en mi alma: se asomó al balcón; yo estaba enfrente; descubí que se sonreía, á pesar de que vive en cuarto idem, es decir, principal empezando por las nubes; y tal era mi cariño, que hasta en esto hallaba yo poesía: los ángeles, decía yo, viven en las alturas; las estrellas están en el cielo, y soyé que era ángel y estrella.

Estuve contemplándola hasta que se metió; entonces me fui cabizbajo y meditabundo, aumentándose mi melancolía con los sonidos lúgubres de un organillo que se oía á lo lejos y que tocaba la triste y poética canción de Federico Berát.

*J'irai revoir en Normandie
C'est le pays qui m'a donné le jour, etc.*

¡Qué felicidades soñé! cómo me colampí en la nube de la ilusión! Volví por la tarde á verla; no la vi, pero fui á paseo porque me lo decía el corazón, y el corazón nunca engaña: efectivamente estaba con su madre; me pareció mas bonita; me miró con aire de inteligencia; me dió el corazón tres latidos; cada vuelta que la encontraba me entusiasmaba, y hubo momentos en que hasta su mamá me parecía bonita solo por haber engendrado á aquel ángel de belleza, á mi Elena hermosísima. Hubiera estado mucho tiempo en esta ilusión respecto á mi futura suegra, á no haberla visto los bigotes; ¡ay lector!... y tenía más que yo!... Temiendo que se fueran sin verlas, me despedí de los amigos con quienes iba, y las seguí; todo me sálta á las mil maravillas; aquella vuelta fué la última que dieron; las acompañé detrás hasta su casa; entonces se me figuró mas noble el oficio, he dicho mal, el empleo, el destino de lacayo que el de ministro; llegaron á su casa, y la dije al pasar: Vuelvo á las ocho; me lanzó una mirada y una sonrisa que comprendí.

Comí no sé cómo, y hasta si pudiera haber comido, diría no sé por dónde, me lancé á la calle, y á las ocho fui á mi cita. Estaba; pero el alumbrao no me favorecía; el gas no alcanzaba á la altura donde moraba mi belleza; ella sí me vió, porque él una tos fingida que me reveló todo; di un suspiro, me contestó con otro; no quise oír mas; eché á correr á copiar otra vez la carta para hacer que llegara á sus manos; la copié sustituyendo al señorita el nombre de Elena, y empezaba diciendo: ¿qué os diré yo que no hayáis comido?

Volví á sonar con su tos, con sus suspiros, con su madre, con su criado, con todos los de su casa; hasta que me levanté y me fui á esperar á la *conventuala* que la sirve. Vi salir un criado con cesta; no era el suyo porque no le tenía; vi entrar al aguador, salir con los sacos de comprar; tampoco era el suyo; al fin salió la simula; ya la conocía yo; la había visto sacudir un vestido azul de mi amada y el ruedo de la mamá; sin duda debían pisar alfombras de Persia á pesar de que estaba muy alto para que la alfombra pudiera haber llegado.

Abordé la simula y la propuse el objeto de mi abordaje; al principio se resistió, y ¡oh muger soñ-poética! no quiso ser mensajera de mi amor menos de un napoleón; pero ¡qué me importaba á mí Napoleón ni Carlos X ni Luis Felipe, si iba á resultar de aquí mi felicidad? ¿Y quién no compra su felicidad por 18 rs.? Quedamos convenidos en que á las nueve la entregaría la carta, que le diría que un señorito muy guapo se la había dado y que quedaba aguardando contestación. Fui á dar una vuelta por las calles; ¡Qué prosidí lo encontré todo! ¡cuántas gentes circulaban por Madrid sin pensar en amar, sin creer que fuera esa pasión la mas deliciosa de las que experimenta el corazón humano! Entré en el café á desayunarme, hecho lo cual y siendo las ocho y media, me fui á esperar el resultado de mi aventurada cartita: á las nueve menos cuarto salió ella al balcón, me hizo seña de ir por la calle del Pozo; fui, se asomó á uno de los balcones, y me echó un papel envuelto metiéndome en el acto; mientras el papel caía, meditaba yo por qué se había metido; ¿su contestación no sería favorable?... entonces me hubiera devuelto la carta; pero no; al cabo de pensar un poco y al recoger el papel, me acordé del rubor. Si por rubor la habia hecho, rubor, poética palabra desde que mi Elena se ruborizaba; ¡quién hubiera alcanzado á verla coloradita de vergüenza! ¡qué bonita estaría! ¡quién fuera barandilla de balcón para haber gozado de ese espectáculo!

Recogí el papel, le abrí; tenía por toda respuesta este sonoro y magnífico endecasílabo:

Caro Enrique, quedas correspondido.

¡Oh verso armonioso sin igual! Con tu lenguaje expresivo y tu concisa precisión, cómo me has encantado! Le leí mil veces; me le aprendí de memoria; hubiera compuesto un drama en cinco actos solo con interpretación, si no se hubieran agolpado tantas ideas á mi enarmonada fantasía; pero en aquel momento no pude mas que añadir el siguiente verso tan endecasílabo, si no tan armonioso y expresivo como el suyo:

Siempre he de amarte, Elena de mi vida.

Insólito es decir que no recuerdo qué hice aquel día; gozar las delicias de un amor correspondido y contestado; poco ¡qué contestación! ¡qué talento! Debió ser una Sola cristiana, una Mad. Stael, una Avellaneda; todo lo mas grande en el género muger.

Me acosté ébrio de gozo; ahora podía desahar á felicidad á todos los seres felices; con estas ideas me acosté, pensando al otro día enterarme de quién era mi Elena, de su modo de pensar, y como decía Balzac, enterarme de sus antecedentes.

Aquí apagué mi luz diciéndome *buena noche*; te las doy, lector, y descansa, porque mañana te voy á hablar de Elena.

ELLA.

Poco me queda ya que añadirle, lector amigo, á las noticias que de Elena te he dado; es mi ídolo casto, mi todo, y por consiguiente á mis ojos los viles defectos humanos no se han apoderado aun de ella.

Ayer la he oído hablar; salta con su criada, y la acompañó; me dijo que habia salido sola para darme las gracias por haber fijado en ella mi cariño. ¡Oh qué felicidad tan sin límites! ¡qué amor tan desterrado! ¡pobre perla arrojada por los ángeles en un cuarto de la calle del Pozo, y cuya conquista me estaba reservada á mí! ¡qué poética es en todo lo que le pertenezca! voy á describir el traje que llevaba para que se vea cuál ha de ser su alma.

¡Botas verdes! ¡verdes! de color de esperanza, de color de primavera, de color de naturaleza, ¡qué encantadoras botas, cómo han dejado su menuda huella en mi anchuroso corazón! ¡Vestido azul! de color de amor correspondido, color de cielo, y por consiguiente color divino, el mismo color que entusiasma á Lamartine; de ojos de doncella ostiánica, de aires de balada alemana. ¡Qué poético horizonte azulado me presentaba su vestido!... Pañuelo mantón de mil flores, es decir, de todo lo bonito que hay en el mundo; el balagüefio carmesí, el cascado blanco, el poético azul, el arrebastador verde, el rico amarillo y las suaves y deliciosas medias colores.

Mantilla negra, severa como sus pensamientos, llena de tanta poesía, que me recordó unos versos de mi mas íntimo y querido amigo, que dicen:

Que Dios al crear los astros
creó también las tinieblas,
para que así resaltara
el fulgor de las estrellas;
como resaltan sus ojos
entre su mantilla negra.

¿Y no habia de tener una gran poeta la muger que tan bien vestida iba?... Su traje contribuyó mucho á que me produjera efecto; porque aunque se dice que el hábito no hace al monje, con Elena no pasa esto, porque no es ni ha sido nunca monje.

Un amigo, verdadero amigo como hoy pocos, puesto que según los desesperados del siglo XIX los amigos verdaderos son como el megaterio, que es muy raro el ejemplar, un amigo megaterio, pues, me presentó en su casa; ¡oh placer, oh satisfacción! la futura suegra me recibió con alegría, con cariño; la niña, como no me habia de recibir, la niña con amor después del endecasílabo, de las risas amistosas, de las toses expresivas y de las conversaciones por el ventanillo... Yo me uní á esa familia con el lazo de la amistad, y esa época era la mas feliz de mi vida: las he tratado mucho; así es que haciéndote gracia de mis relaciones tan platónicas que han dejado atrás á las del girasol con el sol, y á las del arroyo con las flores de sus riberas, voy á hacerte el retrato físico, moral y político de mi Elena querida. Es bonita, sí, lector, muy bonita, y perdóneme Malesherbes si la alabo, aunque la amada según él no debe nunca alabarse; es muy blanca como la margarita del campo, rubia como las arenas del Tajo, como las pastoras de Florian, como los tipos de Justino Kerner; alta, sí, alta; la muger debe ser alta, contra mas alta mas se aproxima al Criador, mas se asemeja á la palma, mas se columpia su talle, mas la mueve la brisa; ¡oh sí! la altura es seña de grandeza; lo pequeño no es notable; la muger ha de levantarse sobre el vulgo, según la expresión de Virgilio:

Sicut lenta solent inter viburna cupressi.

Tiene un cuerpo como el que estoy seguro tendria Cleopatra, como el que tuvo Juana de Arco, como el de Julia, como el de Ana; ¡oh Elena, qué hermosa eres! permítame este rasgo de entusiasmo inspirado por la descripción fidedigna de tus hechizos. — Eres hermosa como una manada de cabras blancas que bajan de las colinas del Galad; á veces

como el *símona* del desierto que no consentió más rey que él y trun-
ca todo lo que se opone á su curso; los dientes son *perlas finas*, sus
labios *corales*, sus mejillas como la *plumage* de los *ángeles*; *toda* eres
hermosa, amada mía!... Cuántas veces he pensado hacerle una *poesía*,
y sola me ha detenido el miedo de... hacerla mala; no porque tú no me
inspires lo bastante, sino porque en algo ha de consistir; pero siempre
las *poesías* amorosas son malas; si no, lee á los poetas; los *cánticos* á
sus amadas *valen poco*; y si *Cátulo*, *Petrarca*, *Byron*, *Lamarine*, *Victor Hugo*, *Groun*, *Espronceda* y *García Gutiérrez*, y otros y otros han
hecho grandes *poesías* amorosas, no es ley; porque yo tengo por *axioma*
que nunca está clase de *composiciones* son buenas; y como lo creo
axioma, debe ser *verdad* y no necesito demostrarlo.

He aquí el retrato físico de mi Elena: voy á hacerle el moral, el
cual será lo menos filosófico posible, porque el lector no es en general
filósofo, y hay que poner las obras á sus alcances. Elena es buena, tan
excelente, que es incapaz de hacer daño á nadie: llora cuando romtem-
plá un antierro; se enternece viendo un pobre; le conmueve la muerte
de un pájaro, de un insecto, de una mosca, y mas de una vez la he vis-
to como *Inesilla la de Pínto* dejar que la piquen las pulgas por no
mutarlas. Esta sensibilidad la he querido la ha hecho acostumbrarse á
odiar todo lo feo, todo lo vulgar; por eso detesta las impresiones de
los sentidos y no le gusta la risa; el dolor se acomoda mas á sus ideas;
odia á *Moliere* y á *Breton*, pero adora á *Byron*; cree que la fortaleza
de almas tiene algo de *moxa de cuerda*; es una *sensitiva* trasplantada
á terreno árido.

Adora los perfumes, y en esto se acomoda á sus ideas; la mujer,
reina de las flores, debe tener algun perfume, porque entre las flores
son mejores las que huelen; yo prefiero la *rosa* á la *camelia*, el *helio-
tropo* al *rododendrum*, y el *azúcar* al *abutilledonum nervosum*.
El sol la fatiga; oh! el sol hace sudar, y es tan importante el sudor,
tiene tan poca *poesía*; las estrellas la hechizan; la *luz* la encanta
porque produce *arroyos murmuradores*; la luna es un elemento; hace
pocos días me ha dicho que sus creencias son que la mujer se vuelve
wili después de muerta, y va, como dice *Theophile Gauthier*, al baile
á las doce de la noche, con un vestido de color de resplandor de luna
y pulseras de *perlas de rallo*; desde que leyó esto anda buscando un
retrato del célebre escritor para colgarle en su cuarto y dispensarle la
honra de mirarle á menudo. Mi Elena no come garbanzos y mucho
menos tocino, odia el puchero, verdadera *cebada humana*, y no con-
cibe como el hombre, y mas la mujer, pueden comer la parte crasa
del inmundi animal cerdoso; bajo este punto de vista ama á *Mahoma*;
tambien le aplaude su *creacion de huts* y se las representó ella en su
imaginación; pero detesta el *Koran* porque en él se establece la *poli-
gamia*, y ella cree que la mujer debe ser sola y siempre sola.

En religion cree con toda la fe posible; pero á pesar de ser (en
cristiana tiene momentos de duda; así que no se explica la idea del in-
fierno, ni el tormento por medio de la paz hirviendo, acomodándose
muy mal á su *poética imaginación* ver al hombre calcinado como un
buzo; por lo demás, y salvo el dicho vulgar de que en el infierno se
come pan y fósforos, lo cual se le indigesta, cree en toda y se gloria
de sus creencias.

(Continúa.)
A. BUNSAT.

ANGELO.

(Conclusión.)

— Eleonora exhaló su último suspiro entre los brazos de la anciana
Beatrice, teniendo yo una de sus manos entre las mías, arrodillado al
lado de su lecho, y mientras que su anciano padre estrechaba la otra
entre las suyas, al mismo tiempo que la recibía las oraciones de los
agonizantes.

«¿He al populero, cuando aun estoy en lo mas florida de mi edad.
»Mi existencia sobre la tierra ha pasado tan prontamente como se
desbarata la chora de un pastor, que da improvisa muda de situación.
»Buenos venturados los que mueren en el Señor.
»Beñito coñis, Dios nio, vos sora la resurreccion y la vida; los
que viven creyendo en vos, nó morirán por una eternidad.»
No la importunaba aquel venerable viejo para que se arrepintiese
de sus culpas, porque nadie como él, su padre y confesor, conocía toda
la angelical pureza de su alma.

De cuando en cuando hondos gemidos se escapaban de mi pecho;
Eleonora entonces apretaba entre sus dedos convulsivos mis dos manos,
y fijando en mí sus hermosos ojos, velados ya con las sombras de la
muerte, y dejando vagar por sus labios contrainidos por el dolor una
débil sonrisa, me decía con una voz dulce y apagada:

— No llores, Angelo, pronto nos veremos y celebraremos nuestras
bodas en la presencia de Dios; pronto nos uniremos en aquella mansión
en que no se conocen las lágrimas y sus deéclhas.

Besaba con arde la mano de su padre adoptivo y dirigia tambien
palabras de consuelo á la vieja Beatrice. Aquel limpiaba furtivamente
algunas lágrimas retelide que asomaba á sus ojos, y volvió á proseguir su
rezo, y esta prurupia en agudos sollozos y en mil promesas á la Ma-
dona y á los santos por la salud de su querida hija. En cuánto á mí,
no hay idioma humano que pueda expresar toda la energía de mi dolor.

La aurora comenzaba á leer con susrosados colores las lejanas
cristas de las rocas, cuando un largo y débil gemido, que resonó en
mis oídos como una música que se aleja, nos dió á conocer que aquella
Eleonora sobre cuyo cuerpo llorabamos, se hallaba ya en la presencia
del Eterno.

Hay en algunos pueblos de Italia ciertas costumbres cuyo origen se
remonta á los primeros tiempos, y que en vano el cristianismo trató
de hacer que desapareciesen. En un lugar, las plañideras ó canátrices,
con los cabellos sueltos, sentadas cerca del ataúd, entonan cánticos
fúnebres en honor del difunto, interrumpiéndose de tiempo en tiempo
para golpear sus rostros y prorumpir en descompasados gemidos, á los
que responden en coro las personas que forman el cortejo mortuario.
En otro, cuando muere una persona cualquiera, se convida á todos sus
deudos á un banquete fúnebre, en el que solo se oyan sollozos generales.
En aquel pequeño pueblo existía la costumbre de que al entierro de
una persona debían concurrir todas las que la habían sido mas queri-
das, las cuales, en el acto de ser depositado el cadáver en su última mor-
rada, improvisaban tristes estrofas de dolor y despedida, reconvi-
niendo al difunto porque las abandonaba tan pronto.

Colocada Eleonora vestida de blanco, con la frente coronada de
rosas, dentro del ataúd, fué conducida al cementerio en hombros de
ocho hermosas jóvenes vestidas igualmente; á los lados caminaban
todas sus restantes compañeras, llevando en sus manos antorchas en-
cendidas y pequeños ramos de flores. Á la cabeza iban algunos ancia-
nos del pueblo, conduciéndonos en medio á la vieja Beatrice y á mí.
Su padre adoptivo caminaba rezando al lado del ataúd. Detrás de
nuestros iban infinidad de mugeres, de hombres y de niños, todos en
un silencio profundo, interrumpido solo de cuando en cuando por los
cánticos de las jóvenes de las antorchas.

«A este valle había descendido un ángel de consuelo; los dolores
del corazón se desvanecían con sus dulces palabras, como se desvanecen
las sombras á la aparición de la aurora. Eleonora, este ángel eras tú. Ay! Ay! Ay!

«Nunca mas bellas formas ocultaron un alma tan hermosa. Su voz
cuando dirigía nuestras danzas, se distinguía entre las nuestras como
la del ruiseñor entre chillonas aves. En sus ojos se retrataba nuestra
risueño cielo, nuestro sol ardoroso nuestra alegre campiña, Eleonora,
este ángel eras tú. Ay! Ay! Ay!

«Cuánto amor encerraba su pecho! Qué feliz iba á ser el joven es-
tranjero que logró cautivar su corazón! Los ángeles sus hermanos le
tuvieron celos y la llamaron hacia sí. Eleonora, este ángel eras tú.
Ay! Ay! Ay!

Llegado que fué la comitiva al cementerio, colocaron las jóvenes el
ataúd cerca de la boyá, y todas reñidas, derramando flores sobre el
cadáver de su compañera, empezaron así á cantar en un tono lúgubre
y monótono:

«¡Eleonora, por qué nos abandonaste? ¿No te agradaban ya nues-
tros hermosos bailes al son del pandero? ¿Las canciones que canté-
ramos no eran ya bastante dulces para embalsar tu oído?

«¡Eleonora, por qué nos abandonaste? ¿No te agrada ya el re-
posar á la deliciosa sombra de los naranjos? ¿No te complacía su
ahumado perfume?

«¡Eleonora, ¿por qué nos abandonaste? ¿No te gustaba escuchar
el quejido que exhalan las olas al estrellarse en la playa, y los armo-
nizados trinos de los pájaros?

«¡Eleonora, Eleonora, por qué nos abandonaste? Vuelve, vuelve;
querida compañera, no seas ingrata: vuelve á los brazos de las per-
sonas que te aman.»

La anciana Beatrice se adelantó después, y derramando copiosas lá-
grimas que en vano intentaba enjugar, cantó así con una voz temblo-
rosa y apagada:

«Eleonora, ¿qué dueño te había hecho tu pobre madre para aban-
donarla tan pronto? ¿No te enseñó por ventura las hermosas cancio-
nes de su juventud? ¿No te enseñó á retorcer los blancos copos de la
brúca en tus débiles dedos?

«¡Eleonora, ¿qué daño te había hecho tu pobre madre para aban-
donarla tan pronto? ¿Acaso no te contaba al calor del hogar á la luz de
la luna mil historias divertidas?

«Eleonora, ¿qué dabo te había hecho tu pobre madre para aban-
donarla tan pronto? ¿Cuándo niña no te adorné con sus arrollos, y
sus brazos cargados de flores no te servían de lecho muchas veces?

«Vuelve, vuelve, hija querida, vuelve á regocijar los pocos días

»que restan á esta pobre vieja sobre la tierra; no la abandones; vuelve, vuelve, querida Eleonora.»

El viejo sacerdote se aproximó, y rociando el cadáver de su hija adoptiva con el agua bendita del bisopo:

—Adios, hija querida, la dijo, descausa en paz. Hasta que nos hallemos juntos ante el trono del Señor.

Entonces me tocaba á mi turno, y adelantándome con vacilante paso y arrodillándome al lado de su ataúd la dije así:

—«Cuando apenas sabia de la infancia la que me habia dado el ser, descendió á la tumba: desde entonces, aunque mi corazón ardía en juventud y en deseos de amar, nadie se acercaba á mi oído para adormecerme con palabras de amor y de consuelo.

»Mi esperanza se marchitaba como flor temprana; á veces el fuego de mi corazón se apagaba; pero entonces una voz dulce como la brisa de la tarde pronunciaba á mi oído estas palabras:—No desmayes; valor, esperanza! prosigue tu camino; al final *ella* te aguarda.—Entonces recobraba mis perdidas fuerzas, y me preguntaba quién sería esa *ella* misteriosa.

»¡Cuántas veces al fijar en mi alguna joven sus bellos ojos, ó al dirigirme alguna palabra tierna y afectuosa me decía:—¿Será *ella*?—Pero no; aquellas haldas se alejaban, y eran para mí como hermosas aves de paso, que al cruzar los campos van gorgoando sus armoniosos sonos.

»Mas ¡ay! en el momento en que el brillo de tus ojos y el perfil puro de tu rostro hirió mi alma, la misma dulce y delicada voz volvió á resonar en mis oídos. Amor, Angelo, me dijo; es *ella*...

»Moriste, como la rosa, á quien troncha de su tallo una mano despiadada sin haber exhalado los preciosos aromas que su cáliz encerraba. Pero tú me lo has dicho; nuestra union se verificará al son de las alas de oro de los ángeles, en aquella region donde son desconocidas las lágrimas.

»Adios, querida Eleonora. No vuelvas á esta tierra del dolor, no vuelvas; prepara corriendo las galas de desposada; arregla nuestro lecho nupcial: porque... pronto voy á seguirte, Eleonora».

De vuelta al presbiterio, me arrojé en los brazos del anciano sacerdote y le dije:

—Padre mío, la hija que perdisteis debía ser mi esposa; desde hoy yo seré pues vuestro hijo. Soy joven; pero el amor de un ser tan bello y puro como *ella* era, no se encuentra tan fácilmente sobre la tierra; parto pues al país donde nací para recoger mis bienes, recibir las sagradas órdenes del sacerdocio, y venir á morir junto á vos y junto á *ella*.

A eso he venido á esta ciudad, amigo mío, continuó Angelo; me gustaba admirar esta campiña, porque me recuerda los sitios que recorri en mi infancia. Me gustaba adormecerme en aquella pequeña roca sobre la corriente del río, porque mil veces me he dormido en ella, cuando no conocia la desgracia, y porque me recordaba el pueblecillo de Eleonora, cuyas rocas baten continuamente las alas del mar. Un día me dormí profundamente; acaso algun movimiento involuntario que hice, me obligó á caer á lo mas rápido de su corriente, en la que sin duda hubiera perecido á no ser por vos, amigo mío.

EPÍLOGO.

En 185... bajando de visitar algunos puntos elevados de los Alpes, nos detuvimos en el pequeño pueblo de T... situado en lo alto de una colina batida por el mar; allí volví á encontrar á mi amigo Angelo, el misterioso viajero; pero ¡cuán mudado se hallaba! las arrugas, cuyo origen es el dolor ó la vejez, surcaban su rostro; solo algunos bucles de cabellos canos cubrían su frente.

—Amigo mío, me dijo estrechándome entre sus brazos, sucedí en el gobierno espiritual de este pueblo al padre de Eleonora; sus habitantes se regocijaron en extremo al saber que ya no los abandonaría jamás. Mirsd, prosiguió designándome desde un balcón de su habitación que caía al cementerio, tres sepulturas, que se distinguan de las demás por hallarse cercadas por algunos rosales: en la del medio descausa *ella*; en la del lado derecho su buen padre; y en la del izquierdo la vieja Beatrice: todas las noches bajo á orar sobre sus tumbas; á rogales que pidan al Eterno me llame pronto á su lado, porque estoy impaciente por celebrar mis bodas.

Un joven viajero amigo mío me contó esta historia; yo solo me propuse ponerla por escrito.

AURELIANO VALDÉS.

MADRIGAL.

Con piel de vistosas manchas,
al par del viento ligera,
doma ufana la pañera.

las libtas llanuras anchas:

Y porque su condicion
no hermana con su figura,
es en ella la hermosura
antes que adorno baldon,

Tal vez en el bosque umbrío
se alza envidia de las flores,
rica en preciados colores,
flor que aljofara el rocío!

Y porque en el tallo verde
posa un áspid, ó en su seno
oculta letal veneno,
belleza y encantos pierde.

¿Quién te amó, garza que humillas
serena las altas nubes,
si omnívora al cielo subes
terror de las avecillas?

Abeja de oro y rubí
que rondas el romeral,
¿quién no buscó tu paual,
pero quien no huyó de tí?

Así nunca en lazo estredo
juntas el hombre repara
la hermosura de la cara
y la nobleza del pecho.

Sola tú de perfeccion
unes dotes soberanos,
y ostentas, Elisa, hermanos
el rostro y el corazón.

Luis FERNANDEZ-GUERRA y ORBE.

EPITAFIOS AL CONDE DE VILLAMEDIANA.

ESCRITOS POR INGENIOS DE LA CORTE.

DE LÓPE DE VEDA.

Aquí con hado fatal
Yace un poeta gentil,
Murió casi juvenil
Por ser casi Juvenal (1);
Un toscó y fiero pañal
De su edad desfloró el fruto,
Rindió al acero tributo,
Mas no es la vez primera
Que se haya visto que muera
César al poder de Bruto.

DE GONZALEZ Y ARDOTE.

Aquí yace enterrado
El que desterraba al mas honrado (2),
El pecho por lo menos
Abierto, porque entraba en los ajenos,
Y porque de mil modos
Habló en vida de todos,
Ha querido su suerte
Que con ninguno se hable de su muerte
Ni con que ella hable,
Porque su mesma muerte no le infame,
Ó porque (y es lo cierto)
Pues habló y vió mal, no hable mas muerto
Porque de malas nuevas fué correo,
De ser primo en correr tuvo deseo,
Pero corrió tan mal, que hasta la muerte
Le pasó de correr de aquella suerte,
Y que corte es gran mengua,
Menos una guadaña que una lengua,
Y así la Parca escusó la herida
Dexándole sin alma socorrida.

(1) En otras copias se lee:

Por ser tanto el Juvenal.

(2) Concepto oscuro para declarar que no habia quien pudiese colocarse delante por lo honrado. La composicion adulesca en general de este defecto culterano.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO PINTORESCO, á cargo de D. G. Altaberra.